

13 de julio

SANTA CLELIA BARBIERI, VIRGEN, FUNDADORA DE LAS MINIMAS DE LA
SANTISIMA VIRGEN DE LOS DOLORES

Memoria obligatoria

Nació en la localidad de Le Budrie, diócesis de Bolonia, el año 1847. Pasó su niñez y adolescencia en extrema pobreza. A los veinte años de edad, junto con tres compañeras, inició una agrupación con la finalidad de fomentar la educación cristiana de las niñas abandonadas por sus padres. Murió el año 1870, a los veintitrés años de edad. El papa Pablo VI la beatificó el año 1968. Fue proclamada santa por el papa Juan Pablo II el 9 de abril de 1989.

Del pequeño grupo reunido en Le Budrie nació la Congregación de las Hermanas Mínimas de la Dolorosa.

Del Común de las vírgenes.



Oficio de lectura

SEGUNDA LECTURA

Carta a Jesús de santa Clelia Barbieri, virgen

(Cf. L. GHERARDI, *Il sole sugli argini*, Bolonia 1970, pp. 160163)

Jesús, mi dulce esposo

De santa Clelia Barbieri conocemos muchas palabras, ya que sus primeras compañeras las escucharon con atención y las guardaron piadosamente en su memoria; sin embargo, conservamos de ella un solo escrito, de su puno y letra, a saber, la carta a Jesús, *mi dulce esposo*.

Esta carta, que con razón puede llamarse el «testamento espiritual» de santa Clelia, fue escrita el día 31 de enero de 1869, el año anterior a su muerte, cuándo su espíritu, a pesar de la debilidad corporal, se fortalecía cada vez más en el amor de Cristo y penetraba más profundamente en las riquezas de su misterio.

En efecto, el amor de Dios fue para ella, sencilla y desprovista de toda cultura, el único camino para alcanzar la ciencia divina que bebía, como de una fuente purísima y abundante, en la oración y la contemplación y sobre todo en el servicio a los hermanos.

«Jesús mi dulce esposo:
quiero escribir esto
para que quede grabado siempre en mi espíritu.
El día 31 de enero de 1869,
Dios me concedió una gracia insigne.
Mientras estaba en la iglesia oyendo misa,
súbitamente invadió mi alma una inspiración divina
que me impulso a modificar
en todas las cosas mi propia voluntad
y conseguir agradar siempre a Dios.
Esto es lo que yo deseo hacer,
pero me faltan las fuerzas.

Tú ves, Dios grande,
mi firme voluntad de amarte
y de nunca disgustarte.
Pero soy tan poca cosa
que a cada momento te ofendo.
Señor, abre tu corazón
y salgan de él llamas de amor
que hagan arder de amor también mi corazón.
¿Es qué no sabes, mi querida hija,
cuanto te amo, cuanto te quiero,
cuán grande es mi deseo de tu santificación?
Esfuézate con firmeza,
ten animo,
que todo ira bien;
todas tus dificultades,
confíalas a mi corazón.
Yo, con la gracia de Dios,
sosegaré tu espíritu.
No te olvides de esta miserable pecadora,
tu sierva Clelia Barbieri».

Hacia el final de su corta vida santa Clelia había alcanzado el más alto grado de la experiencia religiosa que en lenguaje místico se suele llamar «teofanía». Esta carta autógrafa, en cuyo original se encuentran varios errores gramaticales, se conserva con veneración, entre otras reliquias de la Santa, en la casa madre de las Hermanas Mínimas de la Dolorosa, como testimonio humanamente pequeño del gran amor de santa Clelia a Dios y al prójimo.

RESPONSORIO

cf. Mt 11, 25; 1Co 1, 27

R/. Te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra: * Has mantenido ocultos los misterios del Reino a los sabios y entendidos y los has revelado a la gente sencilla.

V/. Dios, tu has elegido lo que el mundo tiene por necio, con el fin de confundir a los sabios; y has escogido lo que el mundo tiene por débil, para confundir a los fuertes.

R/. Has mantenido ocultos los misterios del Reino a los sabios y entendidos y los has revelado a la gente sencilla.

O bien:

Dios ha escogido lo débil del mundo

Clelia nació en Le Budrie, diócesis de Bolonia, el 13 de febrero de 1847, del piadoso matrimonio formado por José Barbieri y Jacinta Nanetti. Sus familiares se ganaban el pan con el trabajo de sus manos; la suma estrechez en que vivían era causa frecuente de enfermedades. Cuando Clelia tenía poco más de ocho años, su padre murió víctima de cólera.

Siendo muy pequeña, aprendió que su madre no sólo a coser e hilar, sino, por encima de todo, a amar a Dios y a vivir cristianamente. Con frecuencia le oían decir a su madre: “Háblame de Dios” o “¿qué debo hacer para ser santa?”. Acudía a menudo a la iglesia para rezar y estudiaba con ahínco el catecismo. Era de temperamento humilde y dulce y de gran entereza de ánimo. Cuando tejía a sueldo ponía todo su empeño en hacer bien el trabajo y, si su madre le apremiaba para que fuera más deprisa, respondía: “Madre, este trabajo nos lo pagan, por eso debemos hacerlo lo mejor posible”.

Nutría su espíritu con piadosas lecturas, en especial con la *Práctica del amor a Jesucristo* de san Alfonso María de Ligorio y la *Filotea* de José Riva. Tuvo como director espiritual a don Cayetano Guidi, párroco de Le Budrie, quien con sus sabios consejos le ayudó a progresar en el amor a Dios y en el camino de perfección cristiana.

Impulsada por aquel celoso sacerdote y movida por su generosidad, concibió el deseo de dedicarse por entero con otras jóvenes del lugar, se entregó con gran empeño a servir a los pobres y a enseñar el catecismo a los niños. Los domingos, después de haber asistido a la celebración de las Vísperas, solía reunirse con tres compañeras para hablar de Dios. Poco a poco aquellas jóvenes concibieron el proyecto de hacer vida en común “Somos tan pobres –acostumbraba a decir Clelia– que en ningún instituto religioso nos admitirán. Decidámonos, pues, a hacer vida en común y a dedicarnos únicamente a Dios y al prójimo”.

Y así, el día 1º de mayo de 1864, las cuatro jóvenes, confiando solamente en Dios, se juntaron con una humilde morrada, llamada “la casa del maestro”, que dio lugar al *Ritiro delle Budrie*, que con razón es considerado como la cuna de la Congregación de las Hermanas Mínimas de la Virgen Dolorosa. Su misión principal era atender a las niñas huérfanas o abandonadas por sus padre, a las que educaban cristianamente y las preparaban al ejercicio de una profesión.

Poco después, mientras practicaban unos ejercicios espirituales, Clelia redactó una regla de vida comunitaria, basada completamente en la oración, el sacrificio, el trabajo y la caridad. Las hermanas eligieron como patronos de su pequeña comunidad a la Virgen de los Dolores, cuyo culto los Servos de María habían promovido en la diócesis de Bolonia, y a san Francisco de Paula, el más humilde de los humildes siervos de Dios, cuya ayuda imploraban sobre todo en los momentos difíciles.

Al frente del grupo el párroco Cayetano Guidi puso a Clelia, a la que Dios enriqueció con especiales carismas, como atestiguan el único escrito autógrafo que de ella poseemos: la carta a *Jesús, mi dulce esposo*.

Entretanto, a medida que Clelia avanzaba animosamente por el camino de la santidad, aparecieron en su frágil cuerpo los primeros síntomas de la tuberculosis. Estuvo postrada en cama durante siete meses, al cabo de los cuales, concretamente el 13 de julio de 1870, dijo: “¡Ánimo! Yo me voy al cielo, pero estaré siempre con vosotras y nunca os dejaré”. Después de estas palabras, que fueron las últimas, murió en el Señor. En el primer aniversario de su muerte, como si quisiera cumplir su promesa, habiéndose reunido las hermanas en su habitación para orar, se oyó, en respuesta a sus plegarias, una vez que todas ellas identificaron como la de Clelia.

Del pequeño grupo congregado en Le Budrie nació la familia religiosa de las Hermanas Mínimas de la Virgen Dolorosa. El papa Juan Pablo II canonizó a Clelia el 9 de abril de 1989. Su cuerpo se venera en el oratorio de la primera casa de la Congregación.

RESPONSORIO

cf. *1Pe 5, 5; Mt 11, 29*

R/. Que en su trato mutuo la humildad esté siempre presente * Pues Dios es enemigo de los soberbios y en cambio a los humildes les concede su gracia

V/. Tomen mi yugo sobre ustedes y aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón.

R/. Pues Dios es enemigo de los soberbios y en cambio a los humildes les concede su gracia

Laudes

Benedictus, ant.

Desde la aurora de la vida
estuvo Clelia con la Madre dolorosa
junto a la cruz de Cristo.

ORACIÓN

Dios nuestro, gloria y premio de los humildes de corazón, que por medio de santa Clelia quisiste fundar una nueva familia de religiosas -las Mínimas de la Virgen de los Dolores -, concédenos vivir en esta tierra en actitud de humilde servicio a los hermanos y alcanzar un día el Reino de los cielos. Por nuestro Señor Jesucristo.

Vísperas

Magnificat, ant.

Dichosa santa Clelia:
es grande porque fue mínima;
ha sido glorificada en el cielo, porque sirvió en la tierra.

La oración conclusiva como en Laudes.